

cencias que se tomaba. Lo peor fué que no permitió á los fakih mezclarse en los asuntos del gobierno; pero el clero habia ya adquirido demasiado poder para conformarse con esta postergacion y empezó á excitar al pueblo contra el emir, sobre todo en Córdoba, donde la poblacion por su densidad y número constituía ya una fuerza respetable (1). Naturalmente hizose esta propaganda con la astucia y la hipocresía dignas de los mas ladinos jesuitas; pero un día se atrevió un clérigo á añadir á la oracion de los viernes por la salud del príncipe reinante este pasaje: «¡Oh malvado, desobediente y soberbio impenitente, que desprecias el mandamiento de Allah, despierta de tu embriaguez y del sopor en que te tienen sumido tus pecados!» El pueblo de Córdoba no necesitó mas excitacion para mostrar su descontento. Las sublevaciones en todas partes del imperio no habian dejado reposo á Abderraman en todo su largo reinado, pero la Andalucía propiamente dicha habia sufrido muy poco en las campañas, marchas y contramarchas de los muchos ejércitos que hubieron de recorrer todo el país para sofocar facciones y restablecer la autoridad del soberano, y la capital hasta habia llegado en poco tiempo á un grado desconocido de prosperidad material é intelectual gracias á las sabias disposiciones de Abderraman. Ahora bien, con la prosperidad habia crecido igualmente el espíritu de oposicion, que suele estar siempre en la atmósfera de las grandes ciudades. Mientras se preparaban por todos estos motivos sucesos peligrosos en la capital, las luchas que Hakam tuvo que sostener con sus competidores al trono y con los francos favorecieron toda clase de ambiciones en las provincias, no ya de los grandes vasallos árabes, demasiado debilitados entonces, sino de la antigua poblacion española. El espíritu rebelde de esta poblacion se manifestó primero, como era natural, en Toledo (Toleitola), la antigua capital de los visigodos, donde era mayor que en otras ciudades el número de cristianos y de enemigos de los árabes, y hasta los renegados llevaban allí la cabeza mas erguida que en otras partes. Viendo los toledanos tan ocupado al emir en el Este y Mediodía del país, se apoderaron del gobierno de su ciudad, casi como si fuese un Estado independiente. En el amor á la independencia no cedían un ápice los renegados á sus compatriotas cristianos, aunque no pensaban por esto renunciar á la religion que con tanto entusiasmo habian adoptado, ni menos pasarse á los francos y asturianos. Ellos y los cristianos se contentaban con la administracion autónoma de su pueblo, y en efecto la instalaron sin dificultad, prescindiendo de las diferencias religiosas en favor de la independencia de todos.

No se disimuló Hakam que seria impotente para reducir á la obediencia al pueblo de Toledo mientras no cambiasen las circunstancias, que absorbían sus mejores fuerzas, ó no tuviera el auxilio de algun suceso favorable que le facilitara la obra. Por fin consiguió la sumision del último de sus tios, sublevados el año 187 (803), pero al poco tiempo se aumentó tanto la tirantez entre él y los ortodoxos que su posicion llegó á ser comprometidísima, porque de las oraciones para la enmienda del soberano pasó el pueblo muy pronto á las obras; y en el año 189 (805), al pasar el emir á caballo por las calles de Córdoba, se amotinó el pueblo y le arrojó piedras. Sofocado el motin, conspiraron los fakih contra él para destronarle y poner en su lugar á un primo suyo; pero la rara lealtad de este pariente hizo fracasar la empresa. Fueron reducidos á prision gran número de culpables, y 72, entre ellos seis notables de la ciudad, fueron crucificados. Otros, y estos eran los mas peligrosos, como Yahya, huyeron

(1) No se pecará de exagerado si se calcula en 200,000 almas en aquella época.

á Toledo, donde fueron recibidos con los brazos abiertos. Este ejemplo de las dos ciudades mas grandes del reino excitó á otras poblaciones; en 190 (806) levantóse en armas la de Mérida, que se componía en su mayoría de berberiscos y cristianos; y mientras Hakam, que habia acudido allí en persona, estaba todavía ocupado en sofocar la rebelion, estalló á sus espaldas otra vez en Córdoba una revolucion mucho mas peligrosa que la primera. Hakam regresó á toda prisa á la capital y logró restablecer el orden; pero la tranquilidad no podia ser duradera mientras la poblacion de Toledo continuase desconociendo la autoridad del soberano. Hakam, por consiguiente, aunque habia gastado ya sus fuerzas en diez años de no interrumpidas luchas interiores, se decidió á acabar con la autonomia de Toledo, costase lo que costase. No era amigo de crueldades, pero en su situacion no habia paciencia que resistiese. Desconfiando de poder apoderarse de Toledo á viva fuerza, así por la importancia de su situacion y de sus obras de defensa como por el número y decision de sus habitantes, se valió de la astucia para castigar la desobediencia de la ciudad, y tan terrible fué el castigo que hasta entonces no se habia visto ejemplo igual ni aproximado siquiera en toda la España mahometana. Habiendo muerto en 191 (807) el jefe de la ciudad, nombró Hakam lugarteniente suyo en ella á un renegado llamado Amrus, del cual podia fiarse en todo. Este supo ganar en poco tiempo la confianza de los vecinos con su mentido celo por la libertad é independencia y su fingido odio á los omniadas; de modo que consiguió autorizacion para construir un castillo en el interior de la ciudad. Despues introdujo en el fuerte, con varios y hábiles pretextos, tropas y mas tropas de Córdoba, y cuando creyó tener una fuerza suficiente para no temer ya ataque ninguno, invitó á una fiesta en su alcázar á lo mas granado de la poblacion (2). Los invitados se vieron obligados á pasar uno á uno por un corredor que conducía á un patio interior; y en él los verdugos, á medida que fueron llegando, se apoderaron de los infelices y les cortaron la cabeza. De esta manera fueron muertos 700 (3) de los hombres mas importantes y ricos de la ciudad. Muchas debieron de ser las víctimas, y grande el terror, porque por espacio de siete años consecutivos cesó toda resistencia y oposicion.

En Córdoba tambien permanecieron quietos por algun tiempo los fakih y las masas de renegados por ellos dirigidas. Verdad es que Hakam hizo por su parte cuanto pudo para reprimir é inutilizar al primer sintoma todo conato de sublevacion: rodeó la ciudad de obras de fortificacion y de cuarteles para la tropa; su palacio estaba guardado noche y dia por mil hombres montados, negros y esclavos comprados con este objeto, ó sea mamelucos. Esta guardia de palacio estaba dividida en diez escuadrones, cada uno con su jefe y siempre á punto de acudir á la primera señal á donde se les ordenase. Al propio tiempo el emir aumentó continuamente las demás tropas de su fuerza armada; pero tambien creció de nuevo el odio del pueblo de Córdoba, y á cada momento se originaron riñas y conflictos entre el pueblo y los soldados, y el mismo monarca fué insultado groseramente hasta en la mezquita. En el arrabal del Sur, al otro lado del Guadalquivir, Yahya, el jefe del partido clerical, que habia regresado descaradamente á la capital, desafiaba

(2) Recuerda esta relacion otros sucesos análogos referidos por leyendas de todos los países, y Schack en su obra publicada en alemán: *La Poesía y el Arte árabes en España y Sicilia*, Berlin, 1865, dada de su veracidad.

(3) Otros autores dicen 5,000; pero ni 700 podían decapitar los verdugos sin que los que aguardaban fuera tuvieran sospechas por razon del tiempo.

las iras del emir con sus sermones contra la impiedad del soberano. Yahya en el barrio citado estaba rodeado de cuatro mil fakih, en su mayor parte hombres jóvenes y arrojados, que nos recuerdan los softas de Constantinopla de nuestros tiempos. Una riña entre un artesano y un mame-luco hizo estallar la mina en el mes del Ramadan del año 198 (mayo de 814), cuando los ánimos estaban mas excitados. En un instante salió armado á la calle todo el pueblo de Córdoba, y antes de que Hakam, sorprendido, pudiera dar las primeras disposiciones, vió cómo se acercaban á su palacio desde todos lados las espesas masas de la multitud. Los esfuerzos de la guardia de á caballo, apostada delante del palacio, para rechazar las oleadas del pueblo, fueron inútiles: la gente, enfurecida hasta la demencia, despreció todos los peligros y arrolló todos los obstáculos. Hakam quedó incomunicado con las tropas de los fuertes y de los cuarteles; toda direccion central fué imposible, y antes que algun regimiento hubiese podido abrirse camino y llegar al socorro del palacio, podia estar éste en poder de los sublevados y quedar sellada la muerte del monarca. Este sabia la suerte que le aguardaba si caía en manos de sus enemigos mortales, pero no perdió por esto ni un instante su calma y su dominio sobre sí mismo. Con la rapidez y serenidad que distinguen á los genios eminentes, dió las disposiciones que el caso requeria, y esto devolvió á los jefes y soldados la seguridad que les faltaba. Hakam sabia que el núcleo de los sublevados estaba formado por los fakih y sus secuaces, artesanos, hortelanos, labradores y braceros que vivían en el arrabal del Sur, y que separando á estos del resto de la poblacion podia esperarse vencer á unos y otros. Encargó á uno de sus primos, Obeidallah Ibn Abdallah, que pasara como mejor pudiese con una partida de gente escogida al otro lado del Guadalquivir y prendiese fuego al arrabal al otro lado del puente. Esta orden fué ejecutada al pie de la letra, y cuando los sublevados advirtieron el incendio sucedió lo que Hakam habia previsto: los que eran de aquel barrio se precipitaron allí para apagar el fuego y salvar cuanto tenían; y cuando las masas se dirigían desordenadas desde el palacio al rio, les atacó de frente Obeidallah con sus soldados, mientras Hakam, que observaba todo atentamente desde las almenas de su palacio, cayó por la espalda con el resto de las tropas sobre los sublevados. Al propio tiempo pudieron tomar parte en el combate fuerzas de los cuarteles, y á medida que los revoltosos se vieron perdidos, se apoderó de ellos la desesperacion y la lucha se transformó en una carnicería espantosa, que hicieron principalmente los soldados enfurecidos cercando á las masas por todos lados. Hakam, desoyendo como prudente los consejos de algunos cortesanos, que querían ver exterminados á los revoltosos hasta el último hombre, ordenó, al fin, que cesara la matanza; pero 300 personas principales que habian sido hechas prisioneras en la confusion fueron crucificadas cabeza abajo á lo largo del Guadalquivir. En esta jornada dió Hakam otra prueba de que era enérgico hasta la brutalidad en caso necesario y enemigo de toda crueldad supérflua. A fin de evitar la repetición de estos sucesos, que por poco le cuestan el trono y la vida, ordenó el derribo de todo el arrabal y dispuso que sus habitantes salieran de España en el término de tres días. Quedaban todavía 23,000 hombres; de suerte que la poblacion expulsada debió de pasar, con las mujeres é hijos, de 60,000 personas, las cuales tuvieron que caminar á toda prisa, faltas de lo mas necesario, para llegar á la costa, donde se embarcaron 15,000 para el Egipto y de allí pasaron despues á Creta. Los demás expulsados pasaron á Marruecos, donde Idris II, de la familia de Alí, los estableció en su capital Fez, que acababa de fundar. Mejor que la de los se-

ducidos fué la suerte de los seductores é instigadores de la revolucion, es decir, los jefes de los fakih, que eran en su mayoría árabes y berberiscos. Hakam no se atrevió á sacrificarlos por no exacerbar á sus compatriotas, cuyo apoyo y auxilio necesitaba para tener sujetos á los renegados. Es decir, que por «altas consideraciones políticas» les perdonó, á excepcion de unos pocos que se habian comprometido demasiado, y aun estos fueron amnistiados al cabo de algun tiempo. Es la historia antigua de los criminales pequeños y grandes.

Los toledanos, que seguían manteniendo relaciones con los descontentos en todo el país, habian aprovechado la coyuntura de la sublevacion del pueblo de Córdoba para expulsar á la guarnicion omniada en 198 (814); pero tambien esta vez se dejaron engañar por el astuto Hakam, el cual dos meses despues, en 199 (otoño de 814), movió grande estrépito aparentando marchar con un ejército á la provincia de Todmir (Murcia) (1) y de allí contra los francos en Cataluña. Al saberlo los toledanos cejaron en su vigilancia, y hasta llegaron á no cerrar las puertas de la ciudad de noche; pero un día al amanecer tuvieron la sorpresa desagradable de ver dentro de sus muros á su soberano con algunos regimientos mamelucos. Hakam hizo reducir á cenizas la parte alta de la ciudad y obligó á sus habitantes á establecerse en la parte baja. Esto bastó para que no volviesen á moverse durante el resto de su reinado. Tampoco se movió el resto de España, aterrizado por el ejemplo del arrabal de Córdoba, cuyo acto de energia valió á Hakam el sobrenombre de Er-Rábadí, el del arrabal (de *rabad*, arrabal), que le han aplicado tambien los historiadores posteriores.

El saludable efecto de sus actos de energia solo podia durar mientras Hakam viviera, ó mientras reinase otro monarca tan vigoroso como él, porque las causas de estas conmociones profundas continuaban, y hasta el mismo Hakam en los veinte años de casi constantes luchas, y no obstante los grandes triunfos que alcanzó, no llegó á realizar completamente su propósito de someter á su cetro toda la España mahometana. En efecto, la opulenta y poderosa familia renegada de los Benu Kasi, que en su tiempo habia prestado eficaz auxilio á Hixam en su lucha por el trono, habia adquirido desde entonces posicion é influencia dominantes en la provincia fronteriza que despues fué el reino de Aragon, donde estaba establecida. Esta familia no se cuidaba ni poco ni mucho de la autoridad soberana de Hakam, el cual, por otra parte, desde la toma de Barcelona por Luis el Piadoso y la creacion de la Marca Española por Carlomagno, tenia que luchar con tantas nuevas dificultades, que debió darse por muy contento con que los señores de la frontera aragonesa le cubrieran el flanco en el extremo Norte como avanzadas del Islam y separasen á manera de cuña la Navarra y la Cataluña cristianas (2).

De todos modos los Kasi fueron y continuaron siendo un ejemplo peligroso para la no muy distante poblacion de Toledo y de otras comarcas. Su ejemplo no podia menos de estimular á los renegados á hacerse tambien independientes del emir, y lo peor era que para sentir semejante deseo les sobraba razon. En todas partes, á pesar de las brillantes

(1) Todmir, el país de Teodomiro. Los dueños de este país eran españoles, convertidos quizás ya entonces al mahometismo; lo eran si no entonces en el siglo siguiente. Véase Dozy: *Histoire*, III, página 198.

(2) No se infiere con claridad de Dozy: *Recherches*, I, pág. 212, si Hakam reconoció la independencia de los Kasi sin dificultad y desde luego ó despues de alguna tentativa fracasada de someterlos á su autoridad.



frases de igualdad de derechos de todos los musulmanes y de otras cosas bellas, estaban cansadísimos de verse postergados, menospreciados y maltratados, y tenían además el conocimiento de su fuerza desde sus primeras sublevaciones, por mucho que hubiesen acabado mal para ellos. Ya hemos indicado al referir la sublevación de Toledo que semejante disposición de ánimos no podía menos de aproximar á los españoles renegados á sus compatriotas cristianos, lo cual no dejó de ser un mal augurio para los emires y en general para el dominio árabe en España, tanto mas cuanto que los cristianos en los dominios mahometanos empezaron también á manifestar su descontento profundo, porque en España como en todos los demás países cristianos que los mahometanos habían conquistado, los conquistadores no habían cumplido todo lo que á los nuevos súbditos de otras religiones habían prometido en las capitulaciones, hechas por el modelo del convenio de Omar con los cristianos de Siria. En muchas partes tuvieron que pagar mas impuestos que los que les correspondían; muchas ordenanzas les molestaban hasta en la vida privada y doméstica, y finalmente el recrudecimiento de la ortodoxia mahometana desde la subida al trono del devoto Hixam, había tenido por consecuencia una conducta mas rígida é intolerante de los magistrados mahometanos. Los judíos soportaron resignados todas las molestias y vejaciones. Su número se había aumentado mucho desde la conquista árabe y con el tiempo llegaron á ser el elemento dominante en varias partes del país, especialmente en Granada y su comarca. En efecto, su condicion bajo el dominio árabe, comparada con la que tuvieron en tiempo de los visigodos, podía llamarse hasta brillante, si bien la tolerancia de los árabes tenía una mezcla de desprecio. Por lo menos podían dedicarse pacíficamente á sus operaciones y quehaceres, aumentar su riqueza, cultivar su inteligencia, estudiar las ciencias y las letras y prepararse así para la época en que debían ser maestros en el terreno intelectual, no solamente en la península ibérica sino mucho mas allá. Los inconvenientes de que se quejaban los cristianos distaban también mucho de ser inaguantables, porque los mahometanos les habían dejado sus iglesias, conventos, sacerdotes y obispos; su parte en la prosperidad material del país estaba cercenada, pero no se les había quitado del todo; y en el movimiento comercial é industrial, y hasta en la administración y en la corte encontraron casi tanta facilidad como los renegados para conseguir una posición acomodada y respetada. Los cristianos adoptaron la lengua de los vencedores y hasta su modo de pensar, empezaron á aficionarse á la poesía árabe y aun á cultivarla, pues que la latina (de la gótica ni siquiera hay que hablar) casi no existía. En una palabra, la civilización árabe, mas adelantada que lo estaba la cristiana cuando la conquista, influyó hasta en aquellas clases cristianas que al principio mas se aislaron del contacto árabe, pero cuya creciente falta de celo lamentaban ya entonces amargamente los autores eclesiásticos; porque en general la mayoría del clero cristiano y los devotos fervientes, que eran muchos, sobre todo en las ciudades, pensaban de muy distinta manera que las masas laicas. Aquellos tenían odio invencible á todo lo que era mahometano, y cuanto mas flojos se mostraban los seglares, tanto mas creían de su deber confesar su fe sin atender á las consecuencias. Las leyes musulmanas aseguraban á los cristianos el libre culto de su religión, pero les prohibían bajo pena de muerte hablar mal del Profeta, hacer burla del culto mahometano ó intentar la conversión de un creyente al cristianismo; pero cómo defender la Iglesia de Cristo, ni fortificar á los que vacilaban en su fe, sin atacar el dogma enemigo? ¿Cómo cumplir con el mandamiento de Cristo: «Id y enseñad y

bautizad á todos los pueblos del mundo,» sin hacer ver á los extraviados su error á fin de atraerlos á la doctrina única salvadora? En otros países, si alguna vez llegaban á surgir cuestiones de esta índole, quedaban simplemente sin contestación; pero el carácter enérgico español no se contentaba con el silencio, y á la larga se rebeló contra un papel que consideraba propio solo de gente pusilánime. Los fakihis, y el populacho mahometano por su parte, cobraron mas y mas antipatía al clero cristiano cuanto mas fué imperando la ortodoxia consecuente de Malik y de sus adeptos, y aprovecharon todas las ocasiones de escarnecer y hasta maltratar á los sacerdotes cristianos, lo cual enconó mas los ánimos.

Durante el reinado de Hakam dominaron los cristianos su disgusto procurando evitar manifestaciones públicas, porque les consolaba ver cómo este príncipe tenía á raya á los fakihis; pero en tiempo de su sucesor se originaron muchas dificultades en este terreno. Abderraman II, que reinó desde 206 (822) hasta 238 (852), no tenía la energía brutal ni la decisión de su padre, aunque no le faltaba valor personal; quizás ni siquiera llegó á ver la dificultad de la situación, porque en todo su reinado no dió muestras de seguir una política meditada y fija. Ya hemos visto que se dejaba gobernar por Yahya, el enérgico jefe de los fakihis, el cual, atemorizando al monarca con el juicio final, le hacía obrar según le convenía, por manera que en materias eclesiásticas y judiciales, Yahya era el verdadero y único gobernante. Igual poder absoluto tenía en palacio sobre el monarca la sultana Tarub y su favorito el eunuco Nasr; ambos estaban en buenas relaciones con Yahya, y dominaban completamente al príncipe enamorado. Por último, despues que Abderraman hubo derrochado innumerables riquezas para satisfacer los caprichos de la sultana, el eunuco, de acuerdo con su ama, le presentó una copa envenenada (851), para sentar en el trono á Abdallah, hijo de Tarub, en perjuicio de Mohammed, que era el heredero legal. El médico á quien Nasr había ordenado la composición del breva hizo avisar á Abderraman, el cual mandó al eunuco que bebiese todo el contenido de la copa; el criminal no pudo negarse á beber, y aunque corrió inmediatamente á su casa para tomar algun contraveneno, ya era tarde, y tuvo el fin que había merecido. Jamás supo Abderraman que la verdadera culpable era su idolatrada Tarub, á quien continuó colmando de pruebas de su amor hasta su muerte.

Menos maligno que los personajes citados era, entre las notabilidades de la corte de Córdoba, el persa Siryab, músico y cantor, alumno de la famosa academia de Bagdad, donde había entusiasmado al mismo Harun er-Raschid. Rivalidades que no faltaron entre los artistas del siglo IX le habían obligado á salir de la capital de los califas y había llegado en busca de fortuna á España, donde encontró en la persona de Abderraman un hombre de talento, benévolo, inteligente, aficionado á la poesía y á las artes, y sobre todo liberal. La llegada del afamado artista á la corte de Córdoba, que entonces todavía no podía rivalizar con la de los califas, fué un acontecimiento comparable con el de la llegada de una celebridad artística de París á San Petersburgo, ó la de una nueva «estrella» de la ópera italiana hace veinticinco años á Berlin; solo que Siryab en una corte significaba mucho mas de lo que entre nosotros significan un gran pianista ó un cantor célebre. Estos artistas debían ser, además, poetas, narradores diestros, ingeniosos y agudos, vestir con elegancia y conocer las artes del tocador y de los perfumes para el cabello y la barba. Así fué que Siryab, que trajo á la corte de Córdoba las últimas modas de la de Bagdad, supo agradar á todo el mundo, y en primer lugar al emir, con sus panegíricos y elegantes lisonjas. Abderraman

no podía negarle nada, y pronto fué cosa corriente en Córdoba que para alcanzar algo del soberano no había mejor camino que valerse de su artista de cámara, el cual, como buen persa, no olvidó su propio interés, si bien, por lo demás, no hizo daño ninguno.

No debe sorprendernos que el país, en tiempo de Abderraman II, que dejaba gobernar á un teólogo ambicioso, á una mujer intrigante y á un esclavo abyecto, disfrutara mayor tranquilidad que bajo el gobierno de los predecesores enérgicos del emir, porque dejando hacer á las personas lo que quieran no tienen motivo para rebelarse; y hallándose en este caso los fakihis, tan queridos del pueblo de Córdoba, las masas populares estuvieron muy sosegadas en los treinta años del reinado de Abderraman, y hasta muy contentas, pues que el gasto que hacia su corte brillante daba que vivir á mucha gente. Los aragoneses, cuyo soberano Muza, de la familia Kasi, figuraba en Tudela (*Toteila*) nominalmente como lugarteniente del emir omniado, no fueron molestados en lo mas pequeño por el gobierno, y en cambio tampoco se mezclaron en lo que se hacia en la corte, y hasta prestaron auxilio armado al emir en algunas campañas contra enemigos exteriores. En este tiempo creció tanto el poderío de Muza que llegó al fin á tener un choque con su soberano, á cuyo ejército derrotó con el auxilio del rey de Navarra; pero las diferencias se arreglaron en 229 (844) y ambas partes quedaron contentas.

Mas rigor empleó Abderraman, ó mejor dicho emplearon sus generales contra Mérida y Toledo, cuyos habitantes no cesaban en sus tentativas de hacerse independientes. En Mérida los cristianos estaban en correspondencia con Luis el Piadoso y los berberiscos mostraban en todas ocasiones el ningun caso que hacían del gobierno de Córdoba. Desde 213 (828) hasta 218 (833) Mérida fué de hecho independiente, y cuando la ocuparon otra vez las tropas del emir, los sublevados se sostuvieron todavía dos años en las montañas contra las fuerzas del gobierno y la ciudad continuó en estado semi-independiente. Toledo se mantuvo libre del yugo de los omniados casi ocho años, desde 214 (829) hasta 222 (837), y solo fué sometida cuando cesó la concordia entre los cristianos y los renegados (1). Cuando era menester salía Abderraman personalmente á campaña, pero faltaba en todo la energía decisiva de Hakam, única que habría podido detener los progresos de la descomposición iniciada ya del imperio mahometano. Nada prueba mejor la flojedad del gobierno que el hecho de que en Murcia los yemenitas y keisitas se hicieran sangrienta guerra durante siete años, desde la subida al trono de Abderraman II, es decir, desde 207 (822) hasta 214 (829). Fué una gran suerte para el emir que sobrevinieran complicaciones graves exteriores. Las expediciones de los asturianos y de los francos al territorio mahometano, que desde la muerte de Carlomagno se habían hecho menos peligrosas, no produjeron grandes dificultades. Los mahometanos conquistaron, aunque por poco tiempo, la ciudad de Leon; y á pesar de que los primeros desembarcos de los piratas normandos cerca de Lisboa y Sevilla, á fines del año 229 y principios del siguiente (agosto y noviembre de 844), contra los cuales pidió Abderraman el auxilio de su vasallo Muza de Aragon, que acababa de reconciliarse con su soberano, demostraron la impotencia del

(1) Dozy dice en su obra (*Histoire*, II, pág. 99) que se ignora la causa de la desavenencia. Podría ser que la fuesen los fakihis de Córdoba, que estaban en las mejores relaciones con los renegados, porque en el año 198 (814) Yahya, el autor de la sublevación de Córdoba, huyó á Toledo, desde donde excitó á los suyos contra los cristianos de la capital, lo cual muy bien pudo dar lugar á la desunión de los mahometanos y cristianos de Toledo.

gobierno y causaron grandes perjuicios materiales, todavía podían pasar por un suceso efímero sin consecuencias trascendentales. Pero mientras para el observador superficial todo marchaba de una manera tolerable, Abderraman, con su bondad, que degeneraba en debilidad, dejó libre campo á dos tendencias opuestas, cuyo choque en tales circunstancias solo podía ser cuestión de tiempo, y el mismo emir tuvo que presenciar antes de morir los comienzos de la tempestad que estaba preparándose durante aquella engañadora calma.

Entre los cristianos celosos de Córdoba, que con creciente rencor sentían la situación angustiosa de la Iglesia, causada por los fanáticos fakihis, se distinguieron hácia el fin del reinado de Abderraman por su entusiasmo religioso el sacerdote Eulogio y el seglar Alvaro, ambos hijos de antiguas y distinguidas familias españolas, y que no obstante su condicion social diferente, estaban animados del mismo deseo firmísimo de probar con hechos su fe y convicción. De palabra y en escritos combatían la flojedad de la mayor parte de sus correligionarios. Eulogio particularmente adquirió en poco tiempo un ascendente grandísimo sobre el clero y los monjes de Córdoba con su conducta intachable y ascética, sus penitencias continuas y su evidente fe profunda y sincera; porque era uno de aquellos genios que dedican todas sus fuerzas á una sola idea elevada. El espíritu de noble resistencia á los poderes terrenales y á la incredulidad fué ganando terreno y solo faltaba el choque para hacer estallar la indignación con toda su fuerza impetuosa. El motivo de este choque fué un sacerdote llamado Perfecto, que conversando con mahometanos se dejó arrebatar por su celo hasta proferir maldiciones contra el Profeta. Fué delatado y conducido ante el magistrado, el cual, conforme á la ley, en este punto severísima, le condenó á la última pena. Nasr, el eunuco omnipotente, hijo de un español cristiano y enemigo furioso de la religión de sus mayores, de la cual había renegado, para mayor mortificación de los cristianos fijó la ejecución para el 1.º del mes de Schauwal, día en que cesa el ayuno de los mahometanos y en que todo es fiesta y alegría para el pueblo, el cual quizás tenía ya entonces algo de la afición de las generaciones posteriores á los autos de fe (2). Perfecto, de índole tímida y que no había nacido al parecer para mártir, quiso negar delante del tribunal las injurias que había proferido; pero fué en vano, y se mandó llevar á ejecución la sentencia. Entonces, en presencia de la muerte, recobró aquella firmeza que Eulogio les había impuesto á él y á otros como un deber; desde el patíbulo arrojó á la multitud fanatizada una infinidad de invectivas contra su falso profeta, y murió como valiente y como español cristiano el 1.º de Schauwal de 235 (18 de abril de 850). El efecto que este suceso causó en los cristianos del partido de Eulogio fué inmenso; Perfecto fué para ellos desde su muerte un santo, y no había mayor mérito ante Dios que alcanzar igual corona de martirio. Por otra parte los cristianos exacerbados á los fakihis con los solemnes funerales que dedicaron al cadáver del mártir, los cuales fueron presididos por el obispo de Córdoba. Mas que nunca se aplicaron los fakihis á descubrir faltas de respeto al Profeta de que acusar á los cristianos, y un año despues de la muerte de Perfecto cayó en sus garras un desgraciado tendero llamado Juan, que por una expresión relativamente leve fué condenado á cuatrocientos azotes. Entonces se avergonzaron los eclesiásticos de que no hubiese sido uno de ellos quien padeciera por la fe cristiana, y tan grande fué el remordimiento que á fines

(2) Como los alemanes, los franceses y otras naciones en los siglos medios á la quema de brujas y otras funciones análogas.